



La huerta de Cocoyotla

COATLÁN DEL RÍO, MORELOS

1851-1852

FRANCISCO ZARCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS



Xochicalco

Xochitepec

Los Cuetzpalms

Coyotla

Miacatlan

Acacingo

Tlaxiaco

Actopan

TEOTECALCA

Masatepe

Trinidad

Coatepec

Sta. Cruz

Tuavilla

Ahuchilulco

Guachichimala

Asahuamitlan

Fuente de Dios

Cañedo

Huastla

S. Gabriel

Huastla

S. Antonio de...

Amacuzaque

Acapulco

La huerta de Cocoyotla

COATLÁN DEL RÍO, MORELOS

1851-1852

FRANCISCO ZARCO

La huerta de Cocoyotla

COATLÁN DEL RÍO, MORELOS

1851-1852



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



Coatlán del Río
Gobierno Municipal
2022-2024



Zarco, Francisco, autor

La huerta de Cocoyotla : Coatlán del Río, Morelos 1851-1852 / Francisco Zarco.- - Primera edición.- - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2024.

40 páginas : ilustraciones

ISBN: 978-607-8784-83-7

1. Hacienda Santa Rosa Cocoyotla (Coatlán del Río, Morelos) – Historia 2. Coatlán del Río (Morelos)

LCC HD1471.M62

DC 307.72097249

Este libro fue publicado con el apoyo del Municipio de Coatlán del Río y la Sociedad para el Patrimonio Cultural A. C.

La huerta de Cocoyotla. Coatlán del Río, Morelos 1851-1852

Francisco Zarco

Imagen de portada:

Hacienda de Cocoyotla; 1919. Archivo Escuela de Turismo de la UAEM
Colección Adriana Estrada Cajigal

Producción

Alfredo Castro Mondragón

Investigación y edición

Jesús Zavaleta Castro

Primera edición, julio de 2024

D.R. Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Secretaría de Extensión Universitaria

Dirección de Patrimonio Cultural y Natural

Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa, C.P. 62209,

Cuernavaca, Morelos, México

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx

ISBN: 978-607-8784-83-7

DOI: 10.30973/2024/huerta_cocoyotla



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Licencia Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Hecho en México

CONTENIDO

Nota liminar	9
Presentación	13
Prólogo	15
Introducción	19
La huerta de Cocoyotla	31



D. Francisco Zorco.

NOTA LIMINAR

La huerta de Cocoyotla de Francisco Zarco, incluido en la obra *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas* (1852), se presenta como un valioso testimonio literario y filosófico sobre la interacción entre el ser humano y su entorno natural. Esta pieza no sólo ofrece una descripción detallada del paisaje, sino que también aborda cuestiones existenciales y estéticas que subrayan la importancia de la conservación y salvaguarda del patrimonio cultural y natural.

Zarco inicia su ensayo con una evocación de la Tierra Caliente, destacando la exuberancia de su vegetación y la pureza de su cielo. Este paisaje no sólo deleita los sentidos, sino que también se convierte en un símbolo de la riqueza natural que debe ser preservada. Desde una perspectiva académica, su obra invita a reflexionar sobre la relación entre la conservación del medio ambiente y el bienestar humano, temas que son cada vez más relevantes en el debate contemporáneo sobre sostenibilidad y ecología.

El recorrido geográfico descrito por Zarco, desde Cuernavaca hasta la estancia de Cocoyotla, es más que un simple viaje físico; es un viaje simbólico hacia un espacio donde la naturaleza despliega su magnificencia y, a su vez, un llamado a la conservación de los entornos naturales en su estado más puro.

La narrativa de Zarco, rica en detalles sensoriales y recursos poéticos, demuestra cómo la literatura puede promover la conservación del

patrimonio natural. Además, introduce una dimensión filosófica al cuestionar la discrepancia entre la belleza del entorno natural y el sufrimiento humano. Esta reflexión subraya la importancia de preservar no sólo el entorno físico, sino también el bienestar psicológico y emocional de las personas. La conservación del patrimonio natural se presenta así como una necesidad tanto ecológica como humana.

En resumen, *La huerta de Cocoyotla* de Francisco Zarco es una obra de notable relevancia académica y literaria que destaca la importancia de la conservación del patrimonio cultural y natural. Su exploración de la relación entre el ser humano y la naturaleza, la estética del paisaje y la reflexión filosófica ofrece valiosas lecciones para la preservación de nuestros entornos naturales y culturales. Este ensayo, en el contexto de una publicación de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, se convierte en un recurso esencial para promover un compromiso activo con la conservación del patrimonio que define y enriquece nuestra experiencia humana.

Dra. Viridiana Aydeé León Hernández
Rectora de la UAEM



PRESENTACIÓN

Coatlán del Río es un municipio con una enorme riqueza por su patrimonio natural y cultural y, sobre todo, por su gente. Ubicado en el extremo occidental de nuestra entidad, es punto de encuentro geográfico de Morelos, Guerrero y el Estado de México, paso obligado de viajeros y comerciantes, destino de hacendados y agricultores. También es referente inevitable para los hombres y mujeres que transitaron su territorio durante los movimientos de Independencia, de Reforma y de Revolución.

Las haciendas de la región poniente morelense, a lo largo de los territorios de Miacatlán, Mazatepec, Tetecala y Coatlán del Río, dan cuenta de cuán próspera ha sido esta región, de tierras fértiles, generosas aguas y proverbial clima. Y, particularmente, en Coatlán del Río se asentaron trapiches como San Antonio Cahuayana y Santa Rosa Cocoyotla. Adicionalmente, la generosidad de sus huertas nos permite una producción frutícola inigualable en Morelos. Por ello, nuestro municipio es, sin temor a exagerar, la cornucopia morelense.

Agradecemos a la Universidad Autónoma del Estado de Morelos su interés por contribuir a dimensionar y promover el patrimonio cultural de Coatlán del Río. Al mismo tiempo, reconocemos la labor que, desde el ámbito ciudadano, realiza la Sociedad para el Patrimonio Cultural A.C., generando conciencia sobre el patrimonio histórico y cultural de los morelenses, desde la perspectiva de la memoria, la identidad y la comunidad.

Estamos seguros de que la presente publicación contribuirá a dimensionar el invaluable patrimonio natural y cultural de nuestro municipio y de nuestra región. Quienes aquí vivimos, somos los depositarios de la amorosa herencia que nuestros antepasados crearon, cuidaron y preservaron para sus descendientes. Somos el resultado de esas historias, de esos relatos, de esas leyendas, de esos pueblos, de esas haciendas, de esas huertas y de toda esa gente que ha vivido, trabajado y luchado en esta tierra para construir un mejor futuro.

El texto que el periodista y político liberal Francisco Zarco escribió, en 1851, con el título de *La huerta de Cocoyotla*, constituye un homenaje a la prodigiosa tierra que los coatlanenses habitamos. Así, el Gobierno Municipal de Coatlán del Río se honra en publicar la presente versión de este ensayo, concebido hace 173 años, como una expresión de gratitud al personaje que, con la sensibilidad de su pluma, captó a detalle la naturaleza de esta tierra nuestra.

Mtro. Celso Nieto Estrada
Presidente municipal constitucional de Coatlán del Río

PRÓLOGO

La hacienda de Santa Rosa Cocoyotla forma parte de un gran complejo de unidades de producción de azúcar, alcohol y piloncillo que data del siglo XVII, en toda la franja que rodea el sur-poniente del estado de Morelos, que comprende Xochitepec, Miacatlán, Mazatepec, Tetecala y Coatlán del Río. En esta región se localizan al menos diez haciendas cuyo actual uso es, principalmente, turístico, encontrándose las demás abandonadas.

Justamente Cocoyotla era punto obligado para pernoctar en esta ruta a las grutas de Cacahuamilpa y, más adelante, a Taxco. Fue el paso obligado de grandes e innumerables viajeros durante los siglos XVIII, XIX y XX, algunos de ellos tan ilustres como el barón Alexander Von Humboldt, madame Calderón de la Barca, la emperatriz Carlota Amalia, el filólogo Cecilio Robelo y el escritor Francisco Zarco, motivo de esta publicación.

Esta hermosa hacienda fue descrita por todos aquellos viajeros que, durante su estancia, disfrutaron por igual de sus bellos, amplios y exóticos jardines, sus huertas constituidas por largas filas de árboles cargados de frutas y flores, principalmente palmeras y naranjos, bañados por abundante agua y el clima de la Tierra Caliente.

Sin duda alguna, uno de los elementos que atraía mayormente a los visitantes, además de la hospitalidad de su gente y la comida tradicional de la región, era la huerta de Cocoyotla, que sorprendía a los viajeros con los procesos de elaboración del azúcar.

De igual forma, los viajeros encontraban en esta hacienda la extraordinaria arquitectura del lugar, en cada uno de los espacios construidos, que hoy en día forman parte de la memoria histórica y son patrimonio cultural edificado, un patrimonio industrial que recuerda los tiempos de grandeza de las haciendas morelenses.

La hacienda contaba en aquellos años con un trapiche, lugar para moler la caña y extraer el jugo o “guarapo”, como usualmente se le llama; la casa de calderas, las bodegas, las galeras, la casa grande; una hermosa capilla con una esbelta torre de campanario que, además, en algún momento tuvo un altar fabricado en alabastro; su alto y fuerte acueducto de piedra labrada con bellos arcos y el altísimo chacuaco o chimenea; la tienda de raya y otros espacios comunes de las haciendas morelenses.

El testimonio más antiguo de la fundación de esta fábrica data de 1737, cuando contaba con un trapiche para fabricar panela, propiedad del señor Juan Morales, quien lo heredó a María Morales y a Martín de la Fuente para, finalmente, heredarlo ese mismo año a Pedro de la Fuente, vecino de Malinalco y mercader de oficio, lo que permite suponer que, para estas fechas, ya llevaba algún tiempo funcionando.

Hacia 1746 ya era un trapiche importante, con cuatro calderas, canales para el caldo, tanques y un cazo que servía de enfriador, todo dentro de un edificio de cal y canto con techos de tejamanil. En 1790 la población de la comunidad ascendía a 130 habitantes.

Durante las siguientes décadas el ingenio siguió creciendo. Una placa sobre el acceso a la escalera del campanario dice lo siguiente:

“Esta torre la hizo el Maestro Miguel Aguilar en el año de 1837. Siendo dueño de esta Hacienda Don Antonio Silva; costó cinco mil pesos con la obra material, y sus campanas son obra de Romualdo Guadarrama”.

En 1874 aparecen como propietarios Guadalupe Rubio, Ignacio Lara y Medina y un señor Antúnez, registrándose una producción de 172.5 toneladas de azúcar por el procedimiento antiguo y otra cantidad igual por el nuevo procedimiento de turbinas. En 1889 se informaba que la hacienda era propiedad de Agustín Monterde y en 1899 pasó a manos de Romualdo Pasquel, que logró producir 178 toneladas de azúcar, 278 toneladas de miel, más 278 toneladas del dulce con el nuevo procedimiento de centrífugas.

En el año 1900 obtienen premios en la Exposición Universal de París los productos enviados desde esta hacienda y, en 1903, se incorporó maquinaria moderna fabricada en Inglaterra, lo que permitió incrementar la producción, requiriendo más tierras, más agua y mayor fuerza laboral; para ello, Romualdo Pasquel construyó un canal para tomar las aguas del río Chalma, desde los límites del Estado de México, acueducto que quedó inconcluso.

El movimiento armado de la revolución del sur ocasionó que el ingenio dejara de producir y sus tierras se distribuyeran entre los ejidos de Coatlán del Río, Cocoyotla y la Colonia Morelos, en territorio morelense, y El Ahuacate, Santa María Xoquiac y San Andrés, en territorio mexiquense, quedando únicamente 30 hectáreas a la hacienda. Para las zafras de 1912 y 1913 la producción de miel y azúcar fue totalmente quemada.

En la década de 1950 la hacienda fue vendida a la empresa Canales y Compañía, que instaló un ingenio azucarero, el cual funcionó por corto tiempo, pues los créditos y los problemas laborales ocasionaron que, en 1960, Nacional Financiera expropiara la fábrica. En el chacuaco y en los portones de acceso aún se aprecia el logotipo de Canales y Compañía.

En este contexto, el Gobierno Municipal de Coatlán del Río, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y la Sociedad para el Patrimonio Cultural A.C. se han dado a la tarea de recuperar parte de la memoria histórica de un texto, poco conocido, de uno de los escritores románticos más importantes del México decimonónico, el periodista, político e historiador Francisco Zarco, que narra su encuentro con la hacienda y la huerta de Cocoyotla en 1851.

La importancia de esta publicación se centra en iniciar una serie de publicaciones, programas y proyectos que impulsen el conocimiento de la historia y, con ello, el desarrollo económico de un corredor turístico-cultural de la zona sur-poniente del estado de Morelos, en la cual se revaloren su arquitectura, su patrimonio, sus ferias y fiestas tradicionales, su cocina tradicional, sus atractivos turísticos, su paisaje y sus bellezas naturales, sus cultivos, su vivienda vernácula, sus archivos históricos y, sobre todo, la calidez de su gente.

Dr. Gerardo Gama Hernández
Secretario de Extensión Universitaria de la UAEM

INTRODUCCIÓN

“Es sublime ese espectáculo que ofrece la huerta de Cocoyotla; inspira un recogimiento íntimo, enternece el alma de tal manera, que el labio calla, temiendo mezclar nuestra voz á la voz de las selvas y de los vientos”,¹ escribió Francisco Zarco, en 1851, durante su breve visita a la hacienda de Santa Rosa Cocoyotla. En el extremo occidental morelense –en tierras del municipio de Coatlán de Río–, el efímero destino de Zarco se transformó en poética prosa que describió, con amorosa elocuencia, el paisaje del lugar y las sensaciones que le provocó por la inolvidable impresión de su naturaleza; por los extraños presentimientos que despertó en él; por las dolorosas evocaciones que la exuberante huerta le generaba. Dicho texto fue publicado, al año siguiente, en la antología literaria titulada *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, edición a cargo del jalisciense Ignacio Cumplido.

A las tres de la mañana del 3 de febrero de 1841, un grupo de 12 personas partió de la hacienda de San Antonio Atlacomulco –cerca de Cuernavaca–, con destino a las grutas de Cacahuamilpa.² El grupo era encabezado por Frances Erskine Inglis, originaria de Edimburgo y esposa de Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México después de la consumación

¹ Francisco Zarco; *La huerta de Cocoyotla*, en *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*; Ignacio Cumplido, editor; México; 1852; p. 16.

² Frances Erskine Inglis; *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*; Real del Catorce Editores; España; 2009; p. 209.

de su independencia.³ A mediodía llegaron a la hacienda de San Salvador Miacatlán, donde descansaron y comieron para continuar su trayecto, atravesando Tetecala,⁴ hacia el poniente. “Sobre las diez [de la noche] en el fondo del valle podíamos ver los fuegos de Cocoyotla, la hacienda donde esperábamos encontrar albergue”. El día siguiente, por la mañana, “lo pasamos paseando por las cercanías o acostados, bajo las magníficas palmeras, naranjos y cocoteros de esta hermosa hacienda”.⁵

Brantz Mayer recorrió la ruta de Cuernavaca a Cacahuamilpa, narrando sobre su estancia en Cocoyotla. La mañana del 21 de septiembre de 1842, según su bitácora, acompañado de otros viajeros, “partimos de Tetecala más bien un poco tarde, y sin más refrigerio que una taza de chocolate y un bizcocho, pues teníamos la intención de detenernos en la Hacienda de Cocoyotla, adonde llegamos como a las once”.⁶ En su calidad de secretario de la Legación de Estados Unidos, Mayer arribó a México con encomiendas diplomáticas que le llevaron a conocer diferentes regiones del país. Saliendo de la Ciudad de México el 17 de septiembre, dedicó “las dos semanas siguientes a visitar algunas de las partes más interesantes de la Tierra Caliente, al sur del Valle de México”. Con él viajaron el cónsul norteamericano, el secretario de la Legación de Francia, así como cuatro comerciantes escoceses.⁷

³ *Ibid.*; p. 7.

⁴ *Ibid.*; p. 210.

⁵ *Ibid.*; p. 211.

⁶ Brantz Mayer; *México, lo que fue y lo que es*; primera edición en español; traducción de Francisco A. Delpiane; FCE; México; 1953; p. 248.

⁷ *Ibid.*; pp. 211 y 212.

Erskine describió, durante su estancia en Cocoyotla, “unos naranjos muy altos y largas filas de árboles cargados de fruto y de flores. Detrás de la casa hay una pequeña plantación de cocos con un arroyo de agua, que abriéndose camino entre preciosas flores, derrama su frescor por todas partes”. Para la acuciosa viajera, era recurrente en la región “el olor a azúcar hervida, mezclada con la fragancia de la flor de los naranjos y de los jazmines, que nos recordaban aquellos días en que el ama de llaves preparaba jaleas y mermeladas”. La fertilidad de la región permitía que las fincas azucareras tuvieran “cosechas abundantes y agua de sobra, tanto para el riego como para mover la maquinaria”. En su perspectiva, las haciendas del valle de Cuernavaca, “teatro de sangrientos sucesos y que a menudo han cambiado de dueño, siguen siendo tan fértiles y productivas como siempre”.⁸

“La finca es pequeña, pero una de las más hermosas de la Tierra Caliente”, afirmó Mayer, sobre Cocoyotla. “Hace poco [1837] han añadido al antiguo edificio un lindo campanario; a la casa le han puesto un corredor con arcos grandes, y conservan el jardín en orden y con buen gusto”.⁹ Igualmente, describió “el interior de la linda iglesia, donde [el propietario, Antonio de Silva] había hecho levantar pedestales para varias imágenes de santos, con las estalactitas de una caverna cercana [Cacahuamilpa]”. El diplomático, originario de Baltimore, detalló otras características de la hacienda, ponderando la abundancia de agua. “Pero la joya de Cocoyotla es el naranjal”, destacó. “Más que un plantío es un bosque en miniatura, entreverado de plátanos de anchas hojas, guayabas, cocos, palmas y mameyes”, bajo cuya “sombra deliciosa y fragante” se solazaron antes de “un excelente almuerzo”.¹⁰

⁸ Erskine; p. 211.

⁹ Mayer; p. 248.

¹⁰ *Ibid.*; p. 249.

Zarco hizo suyo el entorno de Cocoyotla desde otra mirada. Erskine y Mayer, con sorpresa y acuciosidad, manifestaron la impresión que la generosidad de la naturaleza les produjo, merced al inigualable paisaje propio de la región, a la extraordinaria diversidad de la flora del lugar, a la enorme gama de colores, aromas y texturas del occidente morelense, en el segundo tercio del siglo XIX. En la Tierra Caliente, escribió Zarco, existe “una vegetación más vigorosa, un cielo más puro y una abundancia más rica de flores, de frutos y de aves”.¹¹ Aún más: “la tierra no se cansa de ostentar perpetuas galas, y tanto lujo en la naturaleza [en donde] hay una estancia escondida entre desiguales colinas, bañada por un límpido riachuelo y de la que se descubre á lo lejos el sencillo y modesto campanario, incitando al viajero cansado de calor a buscar allí hospitalidad y reposo. Esa estancia es Cocoyotla”.¹²

“El pueblo de Coatlán del Río, en el camino de la gruta [de Cacahuamilpa], y el de Apatzingo¹³ cerca de Cuernavaca, son los lugares más bellos que he admirado en el mundo: recuerdan al alma el paraíso terrenal”,¹⁴ escribió Carlota de Bélgica. En una carta fechada el 27 de febrero de 1866 y dirigida a José María Gutiérrez Estrada, la emperatriz de México expresó su gran asombro por esa región que visitó en varias ocasiones. En la hacienda de Santa Rosa de Lima

¹¹ Zarco; p. 12.

¹² *Ibid.*; pp. 12 y 13.

¹³ Aun cuando podría asumirse que en su carta Carlota de Bélgica hizo referencia a Apancingo, pueblo cercano a Coatlán del Río, ella misma aclara que se trata de un lugar “cerca de Cuernavaca”, lo que implicaría que se refirió a Acapantzingo.

¹⁴ *Calendario histórico de la princesa Carlota para 1870. Arreglado al meridiano de México*; Librería Desimon Blanquel; México; 1870; p.29.

Cocoyotla, propiedad del general Benito Quijano y Cosgaya –casado con María Dolores Pérez-Palacios Salazar, familiar de los dueños de la cercana hacienda de San Salvador Miacatlán–, “encontré una vegetación [sic] fabulosa, palmeras y cocos de una vegetación [sic] inmensas”.¹⁵ Sobre Cuernavaca Carlota afirmó, categórica, que era “la más bella joya del país” y las grutas de Cacahuamilpa “una de las maravillas de este continente”.¹⁶

“Las obras del genio son por decirlo así, una emancipación natural, son como el perfume que exhalan las rosas en los jardines, como los vapores de los lagos, o buscando comparaciones menos risueñas, como las ígneas materias que brotan del cráter de los volcanes, como los truenos de la tempestad, como los bramidos del océano”,¹⁷ postuló el autor de *La huerta de Cocoyotla*, en su *Discurso sobre el objeto de la literatura*, al tomar posesión del cargo como presidente del Liceo Hidalgo, el 1 de junio de 1851. Zarco viajó a la Tierra Caliente antes de la muerte de su madre y de su encargo literario. Por eso afirmó, a manera de sentida confesión: “Ni el poco tiempo que he podido consagrar á la lectura; ni mis estudios; ni las circunstancias de mi vida; ni en fin, el estado actual de mi espíritu y de mi corazón, que sufren recientes y agudos pesares, me permiten dilucidar cualquier cuestión importante”.¹⁸

¹⁵ *Id.*

¹⁶ *Id.*

¹⁷ *Discurso sobre el objeto de la literatura*, pronunciado el 1 de junio [de 1851], por Francisco Zarco, al tomar posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo; *El Siglo Diez y Nueve*; México; martes 24 de junio de 1851; t. V; núm. 905; p. 602.

¹⁸ *Id.*

Originario de Durango, nació el 4 de diciembre de 1829, imbuido del patriotismo de su padre, Joaquín Zarco –coronel insurgente bajo las órdenes de José María Morelos y Pavón–, “que defendió la patria en todas las guerras extranjeras y que combatió bizarramente por el triunfo de la Revolución de Ayutla”; de su madre, María Mateos, “heredó [...] la clara inteligencia, la dulzura del carácter y el estoicismo ante la adversidad”.¹⁹ En 1844, dadas las carencias por la pobreza de la familia Zarco Mateos, Francisco, “ante la necesidad de subvenir a sus propias necesidades, entró a servir en el Ministerio de Relaciones Exteriores en clase de meritorio”.²⁰ Contaba apenas con 13 años cuando, en 1847, a invitación de Luis de la Rosa –quien había sido nombrado ministro plenipotenciario por el presidente Manuel de la Peña y Peña–, el adolescente fue designado oficial mayor interino de los cuatro ministerios existentes.

Liberal irreductible, probo servidor público, polémico periodista, impetuoso parlamentario, prolijo escritor, Zarco tenía un “talento dotado de una flexibilidad maravillosa, tomaba todas las formas, si puedo expresarme así, y ora se elevaba hasta las dulces regiones de la poesía, como penetraba atrevido entre los oscuros huracanes de la política; ora alumbraba con un fulgor de sol las cuestiones más arduas de nuestro derecho público, del que hasta ahora, es el único expositor, como convencía en el seno de la intimidad, y servía de guía en los caminos de las ciencias y de las bellas letras”,²¹ afirmó

¹⁹ Óscar Castañeda Batres; *Francisco Zarco*; primera edición; Club de Periodistas de México; México; 1961; pp. 18 y 19.

²⁰ *Ibid.*; pp. 19 y 20.

²¹ Ignacio Manuel Altamirano; *El Siglo Diez y Nueve*; México; viernes 24 de diciembre de 1869; t. VII; núm. 358; p. 1.

Ignacio Manuel Altamirano, al rendirle sentido homenaje en su funeral. Altamirano y Zarco libraron enormes batallas intelectuales, siempre desde la trinchera liberal, defendiendo con pasión de patriotas las nobles causas de la república. Ambos se erigieron, con sus ideas, en adalides de las libertades de la nación.

“Zarco brillaba en la prensa, por las mismas cualidades que tanto lo enaltecían en la tribuna”,²² expresó José María Iglesias. “Sobre diversas materias escribía con profundidad admirable, cual si hubiera sido una especialidad para cada una de ellas. Eran notables todos sus artículos, por la soltura del estilo, por la corrección del lenguaje, por la lucidez de las ideas. El fondo y la forma eran siempre de mano maestra”,²³ reconoció el ministro de Justicia. “Enemigo del amaneramiento, se recomendaba por esa difícil facilidad de que tan pocos escritores tienen el secreto, para huir á la vez del doble escollo de la pedantería y de la vulgaridad”.²⁴ Más aún: “A inteligencia tan elevada correspondía el más acrisolado patriotismo y la más incontrastable firmeza de principios. Como es natural en los caracteres bien templados, sus virtudes tomaban mayor realce en las épocas de prueba y adversidad”.²⁵

En su ensayo *Renacimiento de la literatura mexicana. Ojeada histórica. Elementos para una literatura nacional*, Ignacio Manuel Altamirano celebró que Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Rodríguez,

²² José María Iglesias; *El Siglo Diez y Nueve*; México; viernes 24 de diciembre de 1869; t. VII; núm. 358.

²³ *Id.*

²⁴ *Id.*

²⁵ *Id.*

Fernando Calderón y Manuel Payno, después de “comunicarse [...] sus primeras y hermosas inspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás”, pues este “grupo de entusiastas obreros fue dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy como la base de nuestro edificio literario”.²⁶ Así mismo, para Altamirano, transcurrido el tiempo, “un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agruparon en su derredor”, al igual que “otro círculo” de pensadores quienes, “aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario”.²⁷

A pesar de que “también nuestras guerras volvieron a dispersar estos dos grupos”,²⁸ para el escritor tixtleco “Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó en unión de estos dos apóstoles, la fecunda cruzada de la democracia y de la Reforma, saltó al campo de la lucha para ayudar a los dos campeones, y sufrió con ellos las vicisitudes del combate”.²⁹ El también parlamentario y periodista describió el cúmulo de obstáculos que la literatura mexicana enfrentó durante el segundo tercio del siglo XIX, “cuando las bellas letras estaban olvidadas o poco menos”.³⁰ De aquella que Altamirano llamó “la primera generación literaria,

²⁶ Ignacio Manuel Altamirano; *Para leer la patria diamantina. Una antología general*; FCE, Fundación para las Letras Mexicanas, Universidad Nacional Autónoma de México; México; 2006; p. 253.

²⁷ *Id.*

²⁸ *Id.*

²⁹ *Ibid.*; p. 254.

³⁰ *Id.*

sólo existen unos cuantos: Cardoso, Ramírez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido al choque de tantas tempestades y que, con su elevada inteligencia, sirven de faro a la nueva generación” de literatos.³¹

“De la segunda [generación literaria] quedan más; y el primero de ellos, Zarco [...], que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados Unidos, se consagra siempre con una asiduidad que le daña, a los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos a la juventud estudiosa”,³² planteó Altamirano con elevado reconocimiento al autor duranguense. “Zarco, intransigente en sus principios políticos, enérgico en la tribuna, inflexible en la prensa, era encantador en su trato íntimo”,³³ afirmó Joaquín Baranda, amigo y compañero de legislatura del elocuente parlamentario. “No solamente los guerreros conquistan la inmortalidad. Para el sacerdocio de las ideas también hay laureles”.³⁴ Y Zarco, sin buscarlos, los merecía.

Este sucinto y apresurado acercamiento a los artífices de la literatura mexicana en el siglo XIX, permite comprender el valor, la dimensión y la trascendencia de la obra de Zarco y, con ello, el que su inspiración se haya volcado en el opúsculo literario dedicado

³¹ *Id.*

³² *Id.*

³³ Joaquín Baranda; *El Siglo Diez y Nueve*; México; sábado 25 de diciembre de 1869; t. VII; núm. 359; p. 3.

³⁴ *Id.*

al lugar cuya maravillosa naturaleza evocó en él la “arquitectura chinesca”, “un hermoso palacio” oriental o “bóvedas solemnes y espaciales de una soberbia catedral”. Para Zarco, hombre de una desbordada sensibilidad, al mirar la huerta de Cocoyotla “es imposible no sentirse poseído de admiración y aún de placer, al poder contemplar un espectáculo tan sorprendente”.³⁵ Así, para el poeta, en Cocoyotla “la frente se refresca á la hora de la tarde, los vientos tibios y embalsamados vienen á halagarla como un beso de amor [...], mientras la mente absorta en bellos pensamientos admira más y más las obras espléndidas de Dios”.³⁶

La huerta de Cocoyotla es, tal vez, la más elocuente expresión de la vorágine de sentimientos que en Francisco Zarco se agolparon en esa compleja y dolorosa etapa de su vida. No sólo se trataba de la divinidad, el arte o el amor que, en la prodigiosa naturaleza del lugar, descubría e identificaba el ilustrado viajero sino, de manera descarnada, la inevitable asociación con la figura de su madre, María, quien falleció poco después de su estancia en la hacienda suriana. “Yo sentía que mi espíritu se elevaba hasta Dios y que comprendía y estimaba sus dones; pero allí en medio de los bosques, y al rumor de la naturaleza, me parecía que estaba solo, como el insecto que se perdía olvidado en el polvo... ¡Tal vez, Dios mío, aquellas ideas de amargura eran el vago presentimiento del dolor que ibas a derramar sobre mi mísera existencia! ¡Tal vez era la voz de la tempestad que iba á descargar sobre mi cabeza!”³⁷

³⁵ Zarco; p. 13.

³⁶ *Ibid.*; pp. 15 y 16.

³⁷ *Ibid.*; pp. 18 y 19.

“Zarco ocupa un espacio más dilatado que ninguno, en la vida intelectual de la república mexicana”,³⁸ proclamó Altamirano, su amigo y correligionario. Dice Zarco: “hay en el fondo de mi alma una veneración á todo lo bello, y [...] amo con entusiasmo las bellas letras, no sólo porque son el más dulce solaz [...], sino porque miro en ellas un medio poderosísimo de civilización y de adelanto para el género humano, y de hacer triunfar los principios eternos é inmutables de la moral y de la virtud”. Y, advierte que, sin vocación, “nunca habrá belleza, ni verdad en los escritos; serán descarnados, descoloridos, serán un esfuerzo trabajoso del arte; pero jamás conmoverán el corazón, ni persuadirán el entendimiento”.³⁹ En la poética e idealista perspectiva de Zarco, la literatura tiene sólo un objetivo: “Las letras intentan redimir a la humanidad, y en esta generosa empresa no son estériles sus afanes”.⁴⁰

Jesús Zavaleta Castro

³⁸ Altamirano; *El Siglo Diez y Nueve...*; p. 1.

³⁹ *Discurso sobre el objeto de la literatura...*; p. 602.

⁴⁰ *Id.*



LA HUERTA DE COCOYOTLA*

Francisco Zarco

Al comenzar lo que en nuestro país se llama *tierra-caliente*, se nota desde luego una vegetación más vigorosa, un cielo más puro y una abundancia más rica de flores, de frutos y de aves. Las campiñas están cubiertas de rosas todo el año; en aquellas regiones no se conoce el invierno: la tierra no se cansa de ostentar perpetuas galas, y tanto lujo en la naturaleza produce naturalmente un recuerdo de aquella región afortunada en que debió vivir el primer hombre...

Más allá de la pintoresca Cuernavaca, ciudad de extraño aspecto, con sus casas de balcones que semejan estensos corredores, con su imponente palacio del atrevido Hernán Cortés, y con sus tradiciones vivas aún, de las hazañas de los conquistadores; más allá de esta ciudad en que ya encontramos el mango, el mamey y la palma del plátano, hay una estancia escondida entre desiguales colinas, bañadas por un límpido riachuelo y de la que se descubre a lo lejos el sencillo y modesto campanario, incitando al viagero cansado de calor a buscar allí hospitalidad y reposo. Esa estancia es Cocoyotla.

Es una hacienda en que se elabora la caña, ese fruto que es un grande elemento de riqueza, y cuyo cultivo es tan interesante y productivo. En Cocoyotla se encuentra un albergue cómodo y hospitalario ofrecido con bondad y con franqueza; pero cuando después de ver

* Se conservó la ortografía y la puntuación del texto original, pero se actualizó la acentuación de las palabras para facilitar la lectura.

la casa con alguna indiferencia se llega a ver la huerta, es imposible no sentirse poseído de admiración y aún de placer, al poder contemplar un espectáculo tan sorprendente.

Donde quiera que hayáis admirado la belleza de la vegetación, por soberbios que sean los bosques que hayáis visitado, por agreste y pintoresco que haya sido el paisaje que más os haya encantado en las llanuras o en las montañas, siempre en Cocoyotla experimentaréis una emoción nueva y gozaréis ante escena tan magnífica.

No se nota allí casi esfuerzo alguno del arte, sino que se ha dejado a la naturaleza el desarrollo de su obra. Los jardines nunca inspiran interés; mientras más se afana el hombre en regularizar las plantas, las calles de árboles y los sembrados de flores, son menos bellos. La simetría se necesita en los productos de la industria humana; aplicarla a las obras de la naturaleza es profanarlas, es disminuir su grandiosidad; en su confusa variedad alcanzan algo que vale más que el orden pueril de nuestras cosas: la armonía de la creación, la belleza del Universo.

Afortunadamente en Cocoyotla se debe haber conocido esta verdad, y a esto se debe sin duda que no veamos un jardín, servil imitación de nuestros salones, sino un panorama imponente, grandioso, y que lleva el sello primitivo de lo que en la naturaleza parece desorden a los espíritus vulgares.

En una extensión bastante considerable, descubrí en el centro un bosque de naranjos robustos, frondosos, de follaje lustroso y fresco, y cuyas ramas se entrelazan mezclando sus ricos frutos.

El fruto del naranjo es hermosísimo; parece una lluvia de bolas de oro caída sobre el verde más bello y más puro que ofrece la vegetación. Descollando sobre los naranjos se ven los gallardos y fantásticos abanicos del plátano que con tanta gracia se mueven al soplo del más ligero vientecillo. La hoja de este palmero es acaso la más galana, la más hermosa; y tiene una belleza poética y encantadora. Hay otro bosquecillo formado de *chicos-zapotes*, árboles pequeños, de menudas y abundantes hojas; las ramas están todas cubiertas de follage y crecen de la manera más rara y desigual. Casi junto a la base del tronco las ramas se extienden formando un círculo espacioso, círculo que va disminuyendo gradualmente, hasta quedar en la parte superior una forma casi cónica, un penacho ligero y pequeño. Esto da al árbol una figura que de lejos se asemeja a la espiral, y que tiene una estraña analogía con la arquitectura chinesca. Haciendo contraste con este árbol pequeño, se levantan esbeltos y gentiles los cocoteros coronados con las cúpulas aéreas de sus hojas gigantes, que cubren la profusión de su fruto, de ese fruto delicioso y que contiene una de las bebidas más frescas y agradables. El cocotero es el árbol del desierto, es el que recuerda todas las grandezas del Oriente, es el que domina las llanuras, es el gigante de las selvas, y su tronco, delgado, redondo, regular y enteramente recto, se levanta atrevido como para encontrar a las nubes que flotan sobre la bóveda que forman las hojas; como para ofrecer un descanso a las aves que vuelan cansadas por el sol. La costumbre nos hace ver con la indiferencia la mayor parte de las plantas; pero no hay ni una sola en que no tengamos grandes prodigios que admirar; y cuando por primera vez vemos una tan bella como el cocotero, no tenemos palabras que espresen nuestro asombro, ni que pinten la ternura que nos inunda.

Al lado de estos árboles crecen los mangos, los mameyes, los chirimoyos, y otros de robustos troncos, de bellas hojas, de flores aromáticas y de sabrosos frutos. Los rayos del sol apenas penetran la espesura de los bosques; el viento casi siempre está en calma, el ambiente está ricamente embalsamado con el azahar y con la flor de chirimoyo; se oye solo el susurro misterioso de los árboles, remedando gemidos y suspiros; se oye también el canto de las aves alborozadas, el zumbido de mil insectos de los cuales algunos comienzan a despedir fosfóricos fulgores, y el ruido del agua que corre jugueteando entre flores y malezas, completa esa armonía poética de la hora de la tarde, de la hora de los dulces pensamientos y del vuelo pintoresco de la imaginación.

¡Qué bello es vagar entre aquellas calles de árboles, mirando los rayos moribundos del sol, aspirando delicados perfumes y escuchando rumores estraños y solemnes! ¡En aquellos climas abrasados, la frente se refresca a la hora de la tarde, los vientos tibios y embalsamados vienen a halagarla como un beso de amor, la calma magestuosa de la naturaleza inspira tranquilidad al corazón que descansa sin saber por qué, mientras la mente absorta en bellos pensamientos admira más y más las obras espléndidas de Dios! Es sublime ese espectáculo que ofrece la huerta de Cocoyotla; inspira un recogimiento íntimo, enternece el alma de tal manera, que el labio calla, temiendo mezclar nuestra voz a la voz de las selvas y de los vientos... Entonces el espíritu ama, admira, y no quiere profundizar ninguno de esos arcanos que lo atormentan; se conforma con la fe de lo bello, de lo grande, de lo sublime; porque es bello en verdad el esfuerzo de la tierra al producir incansable tantos tesoros, porque es grande el designio que se nota en cada obra de Dios, y porque es sublime la armonía que reina en todas ellas!

Varios días seguidos pasé horas enteras vagando solo en los bosques de Cocoyotla; mi alma encontraba algo que la llenara, mi inteligencia encontraba en aquel magnífico espectáculo ideas que reanimaban las dulces creencias que son un bálsamo para el corazón. Aquella calma, aquella quietud tienen un encanto inexplicable. El pensamiento participa un tanto de la tranquilidad que nos rodea: estasiados en la contemplación de los portentos de una vegetación ecshuberante, en cada planta, en cada flor, en cada insecto encontramos motivo para agradables reflexiones.

Se han mitigado los calores del día; comienzan esos destellos indecisos del sol que se hunde en el ocaso; el aura está fresca é impregnada de perfumes; la espesura del ramaje no permite ver un horizonte dilatado; los rumores crecen y se confunden; pasan por la mente los recuerdos de lo pasado, y las esperanzas en el porvenir, debilitándose los sentimientos de lo presente. La idea dominante es la de *Dios*; idea grande, que contrasta con la convicción que sentimos de nuestra miseria, de nuestra nada.

Desde el centro de la huerta se divisan lejanos los bosques variados que la forman. Allí se ve que la arquitectura, como todas las artes, debe su atractivo a la imitación de la naturaleza. Los galanos y altísimos cocoteros, parecen columnas moriscas que sostienen atrevidos arquivados; su aspecto es el de un hermoso palacio del Oriente. Por donde abundan los naranjos y otros árboles robustos, la vista parece contemplar las bóvedas solemnes y espaciales de una soberbia catedral; es la misma magestad, la misma apariencia grave y respetuosa de los edificios góticos: en medio de tanta gracia, hay algo sombrío, algo tenebroso que oprime la mente... Y cuando

el aire gime entre las copas de los naranjos, la ilusión es más completa; creemos estar en un templo magnífico en que el alma paga al Señor un tributo de veneración... Yo recordé involuntariamente aquellas estrofas de Arróniz en que con tanta esactitud compara los bosques a los templos, creyendo oír los acentos del órgano en el susurro armonioso de la brisa...

¡Qué bella es la huerta de Cocoyotla! ¡Qué sentimientos inspira de asombro y de admiración! El mundo se mira a lo lejos, y se olvidan algo los males reales de la vida...

Pero no sé por qué tanta belleza derramaba en mi alma una tristeza profunda, ¿para qué, pensaba, entapizar de flores y embellecer tanto la senda de la vida, para qué hacernos cruzar por un mundo tan rico, tan lleno de armonía, si aquí, dentro del alma, llevamos siempre el dolor y el desaliento? Hermosa es la tierra; pero la atravesamos como piedra lanzada en el espacio, como corriente violenta é impetuosa, como hojilla desprendida que vuela en alas de los vientos...

En medio de escenas tan lindas, de cuadros tan interesantes, en medio de esa armonía, de esa unión que reina en la creación, sólo el hombre parece extraño en el universo; y mientras el arroyo busca las raíces de los árboles para refrescarlos y robustecerlos, mientras los árboles prestan su sombra a las flores, mientras las flores guardan su miel a la abeja y a la mariposa, mientras las aves cantan contentas sus amores, nadie hay que quiera saber lo que pasa en el alma del hombre, nadie quiere apoyar sus débiles pasos, ni nada hay que mitigue sus dolores, ni calme sus martirios...

¿Para qué ornar de tantas galas esta mansión de dolor y de desencanto; para qué presentar a nuestros ojos escenas de felicidad y de calma que no podemos probar jamás? ¿No es esto lo mismo que dar al labio un veneno mortal en vasos de oro coronados de rosas? –Lo diáfano del cielo, el brillo de las estrellas, la riqueza de la vegetación, los cantos de dicha de las aves, todo es bello, todo es delicioso; pero el hombre no puede más que verlo, y entretanto su alma está destrozada. –Triste es por cierto que esta víctima del dolor y las pasiones deba ser sacrificada en una ara tan espléndida como la tierra...

Yo sentía que mi espíritu se elevaba hasta Dios y que comprendía y estimaba sus dones; pero allí en medio de los bosques, y al rumor de la naturaleza, me parecía que estaba solo, como el insecto que se perdía olvidado en el polvo... ¡Tal vez, Dios mío! aquellas ideas de amargura eran el vago presentimiento del dolor que ibas a derramar sobre mi mísera existencia! ¡Tal vez era la voz de la tempestad que iba a descargar sobre mi cabeza!

¡Ah! ¡Al admirar a Cocoyotla, mi imaginación me representaba el rostro angélico de mi madre, su sonrisa inefable, su mirada dulce y apacible, y yo suspiraba porque no contemplábamos juntos aquella escena, porque mi cabeza ardiente no se reclinaba en su seno para recibir un beso de sus labios, un beso que la refrescara más que el soplo de la brisa y que los vientos perfumados de la tarde! Y suspiraba, porque siempre que juntos habíamos admirado las obras de Dios, no había yo sentido lo que ahora sufría; mi corazón palpitando junto al suyo había gozado de calma y de felicidad, y su mirada me inundaba de esperanza y de fe...

¡Ay! Cuán pronto debía yo ver desaparecer de mi triste hogar a la madre que era en el mundo mi única adoración. ¡Pero reprime el pecho su dolor, y Señor, hágase tu voluntad! ¡Madre, madre mía, siquiera que no se sequen mis ojos, que mi corazón pueda brotar torrentes de lágrimas! ¡Llorar, llorar es cuanto quiero para atravesar este mundo, solo, huérfano y abandonado! Al hundirme en la tumba, tal vez tú que eres ya ángel de luz y de misericordia, recibirás sonriendo a mi espíritu que tanto sufre en la tierra...

¡Cocoyotla! Nunca, nunca puedo olvidarte, porque eres bella y encantadora, porque tus bosques espesos y copados, y tu cielo purísimo, y tus lindos cocoteros, y tus perfumes y tus flores inspiran dulces pensamientos, evocan los recuerdos de la felicidad perdida, y también porque a la sombra de tus platanos y en alas de los vientos que con ellos jugueteaban, sentí mi corazón herido del cruel presentimiento de la orfandad y del aislamiento; del mayor de los dolores que debía caer sobre mi cabeza. De Cocoyotla guarda mi alma una memoria tierna y dolorosa, que se asemeja a la que queda de la flor de vivísimos colores, en cuyo cáliz está guardado un letal veneno.

Francisco Zarco; *La huerta de Cocoyotla*, en *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*; Ignacio Cumplido, editor; 1ª edición; México; 1852; pp. 12-20.

La huerta de Cocoyotla.
Coatlán del Río, Morelos.

1851-1852

de Francisco Zarco se
terminó en julio de 2024,
Cuernavaca, Morelos, México.

Jesús Zavaleta Castro
cuidó la edición.



“Es sublime ese espectáculo que ofrece la huerta de Cocoyotla; inspira un recogimiento íntimo, enternece el alma de tal manera, que el labio calla, temiendo mezclar nuestra voz á la voz de las selvas y de los vientos”, escribió Francisco Zarco, en 1851, durante su breve visita a la hacienda de Santa Rosa Cocoyotla. Dicho texto fue publicado, al año siguiente, en la antología literaria titulada *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*.

Zarco, un hombre de una desbordada sensibilidad, decía al mirar la huerta de Cocoyotla: “es imposible no sentirse poseído de admiración y aún de placer, al poder contemplar un espectáculo tan sorprendente”. Así, en Cocoyotla “la frente se refresca á la hora de la tarde, los vientos tibios y embalsamados vienen á halagarla como un beso de amor [...] mientras la mente absorta en bellos pensamientos admira más y más las obras espléndidas de Dios”.

Al cumplirse 172 años de la publicación de *La huerta de Cocoyotla*, del periodista, legislador, ensayista y poeta duranguense Francisco Zarco, el Gobierno Municipal de Coatlán del Río, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y la Sociedad para el Patrimonio Cultural A.C. realizamos la presente edición como un homenaje a su autor, la cual será un testimonio invaluable del patrimonio cultural coatlanense.

